

Anti Informe sobre bibliotecas y Covid-19

Se acabó la diversión, llegó el Covid-19 y “mandó a parar”.... O no. Quizá este supuesto parón ha abierto una espita para que comience un frenesí bailongo por dar, ofrecer, adaptarse, estar ahí... ¿Hemos contribuido las bibliotecas a convertir el confinamiento en un atracón de consumo cultural?

Todas estamos todavía, a nivel personal e institucional, anonadadas por esta nueva realidad que ha sobrevenido de manera inesperada, súbita, lanzándonos hacia lo desconocido.

Lo que nos ha encerrado en casa ha hecho que se “virtualice todo” (escuchad esto último “virtualice” y “todo” muy, muy entrecomillado) y que las bibliotecas hayan tenido que replantear sus servicios en un tiempo record. La biblioteca sin paredes ha comenzado a existir, se ha hecho real en su inmaterialidad, pero obligada por fuerza mayor, sin preparación previa. Cada servicio bibliotecario ha tenido que saltar al mundo digital con lo puesto y convertir su estructura en una suerte de paracaídas, o vela de parapente, para intentar llegar a algún lugar que podríamos definir como “encontrarnos con nuestros públicos” mientras nos concentramos para caer de pie.

Las bibliotecas han reaccionado muy rápido y con energía para intentar seguir siendo útiles en este nuevo escenario. Yo voy a ofrecer un panorama que, ya aviso, va a ser de lo más personal y anticientífico que os podáis encontrar. Es una especie de anti informe porque está basado en la gente que conozco, en las noticias que me han llegado y en un muestreo muy poco significativo pero que ha querido abarcar distintos tipos de bibliotecas: públicas, universitarias, escolares, especializadas... Mi intención ha sido plantear un marco y hacerme muchísimas preguntas que puedan activar el debate.

Afortunadamente la IFLA también ha hecho sus propias indagaciones y consultando su página (ifla.org/covid-19-and-libraries) he podido comprobar que las bibliotecas de todo el mundo, y de todo tipo, intentan ofrecer información sobre el propio Covid19 (muy en nuestro papel de servir de acceso al conocimiento y a la información). Pero ¿Estamos haciendo todo lo posible o podemos hacer algo más para minimizar o contrarrestar la intoxicación de las *Fake News*? ¿Tienen las bibliotecas suficientes alianzas para poder ser nodos de difusión de información veraz? ¿Podemos amplificar el trabajo de equipos y personas que trabajan para ofrecer información útil y desactivar los bulos y mentiras?

Algo común a todos los tipos de bibliotecas, en una primera fase, es que se ha aprovechado la situación para hacer trabajos “internos” que el teletrabajo permite (corregir registros, hacer cargas digitales, mejorar la web...). También se ha dado un poco de espacio para pensar qué necesitamos hacer que no habíamos hecho. Un planteamiento que intenta pensar más allá de la urgencia, indagar lo que tiene sentido ahora para aprender o discernir lo que va a seguir siendo útil en el futuro inmediato, cuando haya una “nueva normalidad” (aquí os pido otra vez que escuchéis con unas grandes comillas la palabra normalidad). Pero esto de pararse a pensar (tan interesante y parece que tan carísimo y, lamentablemente, tan

exótico) se ve un poco arrinconado por esa necesidad de responder y dar y ofrecer y estar ahí. Tenemos que reconocer que las bibliotecas también estamos siendo cómplices de ese afán bulímico de que la gente trague productos culturales como si la cuarentena nos hubiera convertido en una granja de ocas.

He hecho una pequeña encuesta entre algunas colegas bibliotecarias que trabajan en Museos y Centros de arte Contemporáneo quiero nombrarlas (en el orden alfabético de sus instituciones) porque todas han contestado con mucho rigor y mucho cariño a mi consulta sobre cómo habían reaccionado a la crisis sanitaria.

Eloísa García Moreno del IVAM
Marta Vega del MACBA
Isabel Bordes Cabrera del MNCARS
Ana Madrid del MUSAC
María Prego de Lis del Museo del Traje

Son bibliotecas que pertenecen a instituciones que mantenían una intensa actividad pública antes del confinamiento: conferencias, talleres, encuentros, visitas guiadas, proyecciones de cine, programación de escénicas, apoyo a los centros de estudio, etc. Algo similar, en diferentes escalas, a lo que hacen multitud de bibliotecas públicas en todo el estado español que funcionan como auténticos centros culturales y programan convirtiendo la lectura en una actividad expandida y mirando mucho más allá y acá del libro para atender a sus comunidades.

Con la cuarentena todas estas bibliotecas de museos y centros de arte se han volcado para apoyar a la institución a la que pertenecen en la tarea de hacer visibles contenidos digitales ocultos o en apoyar los cambios en la web para convertirla nueva puerta de acceso a todo lo posible.

Por supuesto que fueron sorprendidas, como todas, por la celeridad de la pandemia pero sí que han manifestado todas una intención de pensar y reorganizar los servicios para el futuro.

En general, lo dice la IFLA en su informe, y lo he podido comprobar en esta pequeña prospección propia, una gran cantidad de bibliotecas nacionales, universitarias, públicas, escolares y especializadas han puesto en primera línea todos sus contenidos digitales. Muchas ofrecen información sanitaria. Bastantes están virando a marchas forzadas hacia una política de adquisiciones más centrada en lo digital pero ¿Qué va a pasar cuando las bibliotecas vuelvan abrir? Ahora tenemos una realidad analógica bruscamente interrumpida con los edificios cerrados y la posibilidad de interactuar entre las personas muy, muy limitada ¿Qué va a pasar con los servicios online cuando eso se vaya recuperando? ¿Ha venido el teletrabajo para quedarse? ¿Y las reuniones virtuales?

¿Qué pasa con las bibliotecas escolares y universitarias? ¿En qué lugar les ha colocado el confinamiento? ¿Qué hay de esos programas que tantas bibliotecas públicas tienen de colaboración con centros escolares? Qué queda de todo eso ahora que las bibliotecas están cerradas y la educación se ha “convertido en online” (más comillas inmensas) al ritmo de “a la fuerza ahorcan”.

En estos momentos las bibliotecas, todas las bibliotecas, podrían (y deberían) ser una ayuda insustituible para estudiantes (encerrados en casa) y para los docentes solos ante el peligro de una virtualidad no planificada. La comunidad de aprendizaje no está ya en el aula, no les podemos ver, ni hablar con ellos con tanta facilidad. Con este panorama cobra más importancia la experiencia bibliotecaria para buscar información y para enseñar/transmitir esas habilidades informacionales y fomentar un aprendizaje más autosuficiente.

He sabido, porque les conozco, que Natalia Arroyo, bibliotecaria en la Universidad de Navarra, y José Antonio Gómez Hernández, catedrático de Comunicación y Documentación en la Universidad de Murcia, están haciendo un estudio, a partir de una encuesta, sobre la presencia de las bibliotecas académicas en el campus virtual de sus universidades. La virtualización súbita y radical de la enseñanza universitaria ha hecho que toda la actividad docente se repliegue a sus campus virtuales. Su hipótesis es que esto puede hacer que las bibliotecas universitarias puedan quedar relegadas (o un poco más relegadas) de la primera línea de la actividad educativa universitaria.

¿No les estará pasando lo mismo, pero en mayor medida, a las ya de por sí escasas bibliotecas escolares? ¿Y no sería deseable replantear la colaboración entre bibliotecas públicas y escolares? ¿No podemos como bibliotecas ofrecer ayuda a todo ese sector de la población que necesita aprender y enseñar? Ahora ya no “corremos el riesgo” de que los estudiantes llenen las salas de lectura (otra vez entre comillas porque muchas bibliotecas nunca han visto a los estudiantes como una amenaza). Pero ahora que las salas de lectura están vacías y más silenciosas que nunca ¿Hay algo que les podamos dar a esos jóvenes y niños? La página de la IFLA dice que la Sociedad de Bibliotecas de China colabora con la Biblioteca Nacional para ofrecer enseñanza en línea, por ejemplo.

¿Qué es lo que han hecho las bibliotecas ahora que sus edificios están cerrados? En primer lugar visibilizar sus colecciones digitales. Para las Bibliotecas Nacionales y las universitarias, con grandes acervos ya digitalizados, ha sido una respuesta automática. Pero muchas bibliotecas públicas y especializadas también tienen fondos ingentes para aportar. El préstamo de libros electrónicos o el acceso online a películas ya era una realidad y ha habido un esfuerzo por aumentar la oferta y visibilizar el servicio.

También hay iniciativas de recopilar lo que está ocurriendo con el confinamiento, toda la información, proyectos, testimonios y las iniciativas ciudadanas que han surgido durante la cuarentena. Algunas bibliotecas nacionales están en eso pero también hay otros ejemplos como la iniciativa de la Biblioteca del Museu d’Etnologia de Valencia que ha convocado a todas las unidades de información valencianas a colaborar en la documentación de cómo están viviendo las personas valencianas el confinamiento y la crisis del coronavirus. Lo llaman el Arxiu del confinament.

Muchas instituciones están apostando por lo electrónico de cara al futuro pero aquí hay que tener en cuenta otras cuestiones como la preparación del mercado

editorial para satisfacer las demandas de los usuarios (no todo está disponible online, de momento) o las capacidades económicas de las bibliotecas o las políticas de proveedores y distribuidores de información a la hora de facilitar su trabajo a las bibliotecas. Esta emergencia nos va a servir, al menos, para ver los límites del mundo de la información online tal como se nos ofrece y para imaginar posibilidades.

Además de eso, algunas bibliotecas ya tenían una atención online directa, una interacción con sus usuarios, a través del chat por ejemplo, y ahora lo han potenciado. La web ha intentado ser un hall de entrada (más grande y mejor señalizado) para que cualquier persona interesada encuentre mejor su puerta de acceso.

Pero ¿Qué pasa con los espacios de encuentro que la biblioteca presencial ofrecía? ¿Hay posibilidad de salas de trabajo en grupo virtuales en las que una bibliotecaria está presente si se le requiere? ¿Se han montado entrevistas online para consultas de referencia especializada? Esto último ya está ocurriendo de forma espontánea y la institución en la que trabajo, la UCM, está dando los primeros pasos para sistematizar su funcionamiento y concertar citas previas a través de una aplicación. No puedo dejar de reflejar en este informe, ahora que nombro a la UCM; mi reconocimiento a todas mis compañeras y compañeros bibliotecarios. Ha habido una respuesta entusiasta y entregada al teletrabajo y a la autoformación para dar una respuesta lo más rápida posible a nuestra comunidad. Desde la dirección de la Biblioteca, que nos mantiene informados semanalmente o incluso más frecuentemente, al resto de la plantilla ha habido una reacción profesional, pero también afectiva, que anima mucho en estos momentos.

Algo que muchas bibliotecas están haciendo es extender su wifi a la comunidad cercana (hasta 5 km) y creo que en España también hay casos como por ejemplo en Alcoy.

Además de la oferta de colecciones electrónicas de libros y de películas que ya estaban funcionando en algunos países como Portugal, y que yo sepa también en Australia y Argentina, hay bibliotecas que están entregando libros en papel a domicilio cumpliendo las medidas de seguridad para personal bibliotecario y usuarios.

Algunas bibliotecas se han lanzado a aumentar su oferta formativa online, para tratar de capacitar a distancia (La IFLA nombra a las Bibliotecas Públicas de Huesca de cuyas actividades también he sabido por la lista de distribución de los laboratorios bibliotecarios) porque hay conciencia de que no todos los usuarios están preparados para buscar y gestionar la información.

Creo que la oferta digital es muy grande si sumamos lo que proporcionan todas las bibliotecas del estado español pero ¿La gente lo conoce? ¿Sabe cómo sacarle partido? ¿Están nuestros públicos preparados para interactuar con esa oferta online?

Por otro lado, las redes sociales ya eran un lugar de interacción entre las bibliotecas y sus públicos pero ¿Valen las redes para atender a toda la gente que venía a nuestras salas?

La lectura ha servido como punto de arranque para que algunas bibliotecas, como las de la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá, ofrezca no sólo reseñas de libros y películas sino un espacio virtual de interacción con cafés literarios y talleres de creación online.

Es una realidad que la gente ha buscado hablar, verse online, contactar con familiares, amigos, colegas de trabajo. ¿Estamos preparadas las bibliotecas para ser ese lugar de acogida y refugio que hemos aprendido a ser físicamente? Me parece muy interesante como algunas bibliotecas han recurrido al teléfono para atender a personas socialmente aisladas y con poca o nula destreza informática.

En Escocia, por ejemplo, las bibliotecas han pensado en servicios para ese 20 % de población que no tiene acceso a internet en su casa. Los bibliotecarios hacen lo que denominan “llamadas telefónicas de amistad” a usuarios para conversar con ellos. Es gente a la que normalmente les hacían llegar materiales a su domicilio pero ahora que eso no es posible la voz sigue dando apoyo.

O los bibliotecarios de las Islas Shetland, el servicio de biblioteca más septentrional de Escocia, que graban las noticias de los periódicos locales para los usuarios con discapacidad visual. El personal de la biblioteca puede hacer esto desde casa. Muchas familias que no tienen acceso en línea han recibido tabletas y computadoras portátiles que tienen habilitadores móviles.

También hay ejemplos en el estado español como en El Campello (Alicante) en donde las bibliotecas utilizan un canal de telegram por el que han mantenido la “proximidad” con los usuarios (continúan los clubs de lectura, los encuentros culturales y han lanzado un proyecto nuevo de asistencia para necesidades de información).

En algunos países, como en Bélgica, las bibliotecas no se han cerrado porque se han considerado servicios básicos. O bien, como en las bibliotecas de Glasgow, han mantenido abiertos algunos puntos de servicio durante el cierre para permitir que las personas puedan acceder a algunos servicios aunque solo con cita previa. Me gustaría destacar aquí que algo que han logrado algunas bibliotecas públicas las universitarias estamos intentando ofrecerlo pero todavía no lo hemos logrado.

Desde México llega un proyecto que ya existía antes de la pandemia pero que ha reaccionado, o mutado, para dar una respuesta a este momento tan particular. Se trata del *Jardín de la escucha*. Una iniciativa de Daniel Goldin, Ramón Salaberria y Rafael Mondragón a la que ya se han sumado algunos socios españoles (Ubik, la Biblioteca de Creación de Tabakalera Donostia; La Xarxa de Biblioteques de Barcelona o la Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes de la UCM). Quiere ser una respuesta a la glotonería con la que las biblioteca lanzan información digital sin saber o sin preocuparse siquiera de cómo lo reciben sus públicos. Este proyecto propone que las bibliotecas pongan en marcha “un dispositivo que aliente la

conversación a partir de la escucha” a través de preguntas generadoras a las que las personas van contestando para crear un relato colectivo en torno a la plaga.

No quiero dejar de nombrar un proyecto del bibliotecario y artista belga Geert Vermeire. Se llama *Libraries as Gardens*, “Bibliotecas como jardines”, y trata de geolocalizar y mapear a nivel mundial el antes, durante y después del confinamiento a través de grabaciones hechas por personas desde las bibliotecas de sus casas. Las Bibliotecas están, en la mayoría de los países cerradas, los jardines y parques también en muchos lugares.

Quien quiera participar debe mandar una grabación sonora donde cuente un recuerdo que tenga de un jardín y otra donde lea un extracto de un libro, además de una foto del lugar de su casa en el que lee, su biblioteca doméstica (<https://supercluster.eu/projects/librariesasgarden/>).

Me parece que una enseñanza que podemos sacar de esta experiencia traumática es lo enriquecedora que sería una colaboración más estrecha entre bibliotecas de distinto tipo. Al fin y al cabo nos une a la mayoría la defensa de los servicios públicos y, por otro lado, hay un sector de público, de personas, de usuarias o “bibliotecantes”, que compartimos entre universitarias y públicas o entre públicas y escolares. ¿No podrían los jóvenes, por ejemplo, servir de puente entre nuestras colecciones y las comunidades?

Dejo aquí este anti informe nada científico, muy personal, bastante sesgado y escaso. Espero, eso sí, que sirva para lanzarnos al debate que vamos a iniciar ahora y que esperamos se extienda entre quienes estáis escuchándonos.

Javier Pérez Iglesias, activista bibliotecario. Director de la Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes de la UCM.

Madrid, 12 de mayo de 2020